

El cristianismo de Dostoievski.

Capítulo VII

La verdad está en el pueblo

José Luis Flores

La liberación final del hombre y la plena realización del sentido de la existencia de la humanidad en su conjunto sólo son posibles en la medida en que se lleve a cabo la unidad universal en Dios. Sin embargo, Dostoievski era muy consciente de hasta qué punto el desarrollo de la humanidad moderna se había desviado de los caminos que el Creador le había asignado. Y el problema no radica sólo en que Occidente ha traicionado la fe cristiana durante mucho tiempo, sino también que la propia Rusia, el único guardián del verdadero cristianismo, fue golpeada por la descomposición general que, en su opinión, reinaba especialmente en los círculos más altos y, lo que es aún más aterrador, en el núcleo mismo de la sociedad, en la familia. En los materiales para *El adolescente*, Dostoievski se lamenta: «En todo está la idea de descomposición, porque todo está separado y no hay vínculos no sólo en la familia rusa, sino incluso entre las personas» (16, 16)¹. Todos se separan y no saben dónde poner sus fuerzas, ya que no creen en nada, y si creen, sólo en algo propio que no puede ser común, porque la idea capaz de fortalecer tal comunión desapareció y en su lugar aparecieron muchas ideas a la vez.

Según Myshkin, si comparamos al hombre del pasado con el moderno, «el hombre actual es más amplio y, lo juro, que justo esto le impide ser una persona de una sola pieza como en esos siglos...» (8, 433). Y cuanto más amplio es el hombre, más se aísla, se retira, pasa a la clandestinidad, o sale de ella para «mostrar la lengua» y luego regresa y compone sus propias ideas con las cuales otro hombre del subsuelo (o varios de ellos) irá también a mostrar la lengua, y así sucesivamente, hasta un infinito aburrido y sin sentido. «Todo el mundo deja para después -dice Dostoievski-, todo lo que antes era común en los

¹ Véase Ф. М. Достоевский: *Полное собрание сочинений в 30 тт.* Л, 1972-1990. De aquí en adelante todas las citas se darán en traducción propia a partir de esta edición académica rusa en 30 tomos de las Obras completas de Dostoievski. En todos los casos, señalaré entre paréntesis primero el tomo y luego el número de página.

pensamientos y sentimientos y parte de sus propios pensamientos y sentimientos. A todos les gusta empezar desde el principio. Rompen los lazos anteriores sin remordimiento y cada uno actúa por sí mismo y sólo con ello se consuela. [...] En tanto, no hay casi en nada un acuerdo moral; todo está roto y se rompe ya ni siquiera en pedazos, sino en unidades» (22, 80).

Este estado tan deplorable de la sociedad alarmaba a Dostoievski, a veces le parecía que el mundo se había vuelto al revés y que una especie de confusión en las mentes había movido todo de su lugar habitual. Lo que más le preocupaba era que, según él, las fuentes de la vida en la sociedad rusa, y en todo el mundo, se habían debilitado enormemente, porque la idea capaz de unir a la humanidad había dejado de tener, especialmente para el estrato intelectual de la sociedad, la importancia debida; más aún, los representantes de este estrato no simplemente habían dejado de creer en esta idea unificadora: ni siquiera pensaban en ella, como si no existiera en absoluto y no necesitaran de ella. Y, sin embargo, sólo ella puede salvar a la sociedad de la descomposición y hacer que el hombre vuelva a ser «monolítico», unificado; sólo ella puede darle el principio moral, gracias al cual será posible encontrar el «hilo rector de la conducta, del bien y del mal» (16, 51), tan necesario para cada uno de nosotros.

Dostoievski estaba convencido de que esta «idea superior de la existencia» es «la única fuente de vida viva» (24, 53) y de salud, y que sólo gracias a ella la humanidad avanza. Sin ella, nada tiene sentido. Además, como consideraba el escritor, «sin una idea superior no puede existir ni el hombre ni la nación. Y la idea superior en la tierra es *sólo una*, y es precisamente la idea de la inmortalidad del alma humana, porque todas las demás ideas «superiores» de la vida, por las cuales el hombre puede vivir, *sólo de ella emanan*» (24, 48).

Así, sólo la idea de la inmortalidad del alma une a las personas entre sí. Pero el hecho es que se hizo evidente para Dostoievski que, especialmente entre los intelectuales, los hombres habían dejado de creer en Dios y en la inmortalidad². En las familias, los

² Por cierto, Dostoievski admitía que esta descomposición de la sociedad podía manifestarse incluso entre los propios creyentes y se lamentaba por la pérdida de una idea conectora y unificadora. «Esto se aplica principalmente a las personas que se han convertido al protestantismo, donde los predicadores sectarios

padres, habiendo perdido su fe, ya no podían, y no creían necesario, transmitir a sus hijos la única idea que podría conectarlos con el pueblo y prevenir a la familia misma contra la descomposición interna. Al no educar en sus hijos esta idea consolidadora y universal, los padres los condenaron a la suerte, al azar y, por lo tanto, a la muerte espiritual.

De esta manera, la «familia casual», como la llama Dostoievski, se caracteriza por la falta de unidad dentro de sí misma y entre ella y la sociedad en su conjunto, debido a la pérdida de una idea común, es decir, una creencia común en Dios y en la inmortalidad. En cambio, en las familias los niños reciben una educación tan grosera que no se habla nada de espiritualidad. Y lo que es más triste para el escritor: «casi en todas partes, la verdadera educación se reemplaza sólo con la descarada negación tomada de voces ajenas, donde los impulsos materiales dominan por encima de toda idea superior, donde los niños son educados sin suelo bajo los pies, fuera de la verdad natural, en la falta de respeto o indiferencia hacia la patria y en el desprecio burlón hacia el pueblo» (21, 132).

En este estado de cosas, para los hijos casuales de los padres casuales no hay más remedio que encontrar sus propios ideales, como, por ejemplo, lo intenta hacer Arkadi en la novela *El adolescente*. En esto radica, según Dostoievski, la tragedia de la juventud moderna de su tiempo: es abandonada a sus propias fuerzas y «en ninguna parte encuentra indicación alguna sobre el sentido superior de la vida. De nuestra gente inteligente y, en general, de sus líderes, puede tomar en nuestro tiempo [...] más bien, una mirada satírica, pero ya nada positivo, es decir, qué creer, qué respetar, qué adorar, a qué aspirar, y todo esto es tan necesario [...] ¡todo lo que ella anhela y anheló siempre, en todos los siglos y en todo lugar!» (24, 51). Pero al no encontrar nada, la juventud, al igual que, de hecho, sus padres, se tambalea sin sentido de un lado a otro en completo desorden y caos. Abortos de la sociedad, estos hombres casuales están desesperados por justificar su existencia, pero en

siempre destruyen, aun cuando no lo quisieran, la imagen de fe dada por la iglesia y a cambio dan la suya propia» (22, 98). Y en el hecho de que el sectarismo se extendió, Dostoievski vio el resultado del estado de la sociedad: «Aquí está nuestro aislamiento deplorable, Nuestra falta de conocimiento del pueblo, nuestra ruptura con lo nacional y, por encima de todo, se haya el concepto débil e insignificante que tenemos de la ortodoxia» (22, 99). A Dostoievski la cuestión de la transición al protestantismo de una parte de la capa intelectual le preocupaba tanto más cuanto que los hijos de ésta en esencia, perdían el único vínculo posible con el pueblo, a través de la ortodoxia: «Al cambiarlos al protestantismo», escribe, «con ello los separarán definitivamente del pueblo e incluso los pondrán en una actitud hostil hacia el pueblo casi desde la misma infancia» (30.2, 23).

lugar de unirse, cada uno de ellos, una vez que se ha refutado y rechazado a Dios, crea su propia «idea común» y se separa y aísla aún más.

Los padres, por supuesto, entienden que en la educación es necesario dar a la juventud un fuerte apoyo para la vida, sin embargo, para esto es necesario que ellos mismos tengan este apoyo y no lo tienen. Dostoievski ve en ello el principal problema que dificulta la superación de la discordia y el aislamiento. Los padres creen, dice el escritor, que «sin una idea cohesiva, común, moral y cívica, ¡no se puede criar a una generación y dejarla vivir! Pero ellos mismos, juntos, perdieron el todo, perdieron lo común, se dividieron en partes; se unieron sólo en lo negativo -y eso como quiera que fuera-, y en lo positivo todos se dividieron, pero en el fondo ni siquiera se creen a sí mismos en nada, porque hablan con una voz ajena, se adhirieron a la vida ajena y a la idea extraña y perdieron todo contacto con la vida rusa nata» (25, 181). ¿Pero cómo sucedió esto? ¿Cómo se unieron sólo para negar a Dios y a la inmortalidad, y se separaron en busca de algo positivo? ¿Cómo, finalmente, perdieron el contacto con el pueblo y, además, comenzaron a ejercer una influencia negativa sobre él? Con mayor razón si se trataba principalmente de una familia inteligente, entonces, como dice Dostoievski, «la familia procedente del pueblo, ¿acaso no es requerida también ahora?» (25, 173).

Las causas de la descomposición de la sociedad pueden ser muchas, pero para Dostoievski hay una principal: las reformas de Pedro el Grande. Antes de ellas, no había división entre los intelectuales y el pueblo, sino que había gente ligada entre sí por la misma tierra y la misma fe. Pedro I decidió abrir una ventana a Europa y así cambiar la cara de Rusia. ¿Y qué resultó de esto? Una caricatura. El original mutilado de Rusia más una copia mutilada de Europa. Y para el escritor era importante que especialmente los intelectuales rusos entendieran que la historia nacional nunca fue y no puede ser una copia de la europea, que el pueblo ruso tiene sus propios valores, los cuales deben ser protegidos. Desafortunadamente, «la intelectualidad de Rusia, comenzando desde Pedro el Grande, no participó en los intereses directos y actuales de Rusia, sino que siempre tiró de la basura abstractamente europea» (21, 267).

Los intelectuales rusos en su mayoría, al aceptar la cultura europea, comenzaron a negar la suya propia, porque, a pesar del hecho de que trataron al pueblo con simpatía,

dejaron de entenderlo, dejaron de darse cuenta de qué vive y qué fuerzas lo impulsan hacia adelante. La discordia entre los intelectuales y el pueblo creció tanto que incluso la abolición de la servidumbre en 1861 no les ayudó a unirse. En el *Cuaderno de apuntes* de 1880-1881, Dostoievski escribe: «Sí, hay una cultura, pero nació negando el todo y con la más pequeña minoría de ellos volteando hacia el pueblo. El resto se ha cultivado negativamente. [...] Liberaron a los campesinos de manera abstracta, no sólo sin entender al campesino ruso, sino también negándolo, compadeciéndolo y simpatizando con él como esclavo, pero negando en él a la persona, la autonomía, todo su espíritu» (27, 62). En otras palabras, la intelectualidad llegó a percibir al pueblo como algo insignificante, elevándose sin fundamento por encima de él y, lo que es más amargo para el escritor, negando su fe.

El rechazo a la fe del pueblo es el resultado natural de la reorientación en la educación del intelectual ruso, que estaba dirigida a dominar los logros científicos de Occidente, especialmente en el campo de las ciencias naturales. La vida de Rusia comenzó entonces a desarrollarse principalmente en el cauce de lo económico y los valores no provenían de las demandas eternas del espíritu humano, sino de las ideas materiales sobre su estado de bienestar. «En sus almas hay oscuridad, no iluminación» (27, 44), reprocha Dostoievski a la intelectualidad por haber renunciado tan fácilmente a la herencia espiritual de su pueblo y haber ido a imitar como esclavos a Europa. Además, no sólo cambió su rostro, sino que también quiso cambiar por la fuerza el rostro del pueblo en nombre de una falsa felicidad y un falso amor por él.

Y se rompió la conexión de los tiempos.

La intelectualidad rusa perdió su fe y comenzó a burlarse, si no a mostrar indiferencia, de la ortodoxia, y mientras tanto, sólo la ortodoxia la conectaba con el pueblo. Al final de su vida, Dostoievski escribió lo siguiente: «el pueblo ruso está todo en la ortodoxia y en su idea. Más allá de ella él no tiene nada, y no es necesario, porque la ortodoxia es todo. La ortodoxia es la iglesia, y la iglesia es la corona del edificio y ya para siempre. [...] quien no entiende la ortodoxia, nunca entenderá nada en el pueblo. Y por si fuera poco, no puede amar al pueblo ruso, sino que lo amará sólo como le gustaría verlo. Y al contrario, el pueblo no aceptará a tal hombre como suyo: «si tú no amas lo que yo amo,

no crees en lo que yo creo y no honras mi santuario, yo tampoco te honro como parte mía» (27,64).

Hay que decir, sin embargo, que, según Dostoievski, no fue el pueblo el que rechazó a los intelectuales, sino que estos antes se apartaron de él y comenzaron a mirar con desprecio todo lo que constituía la esencia y el alma del pueblo. Además, la intelectualidad comenzó a pensar en transformar el estado y la sociedad en su conjunto sobre nuevos principios científicos y ateos. Este enfoque, cree Dostoievski, no es en absoluto aceptable para el pueblo ruso, porque, en última instancia, todo lo que el gobierno hizo por él, siempre fue aceptado precisamente porque la ortodoxia seguía siendo reconocida y profesada por el propio Estado. No era posible de otra manera, porque, según Dostoievski, sólo esto conectaba el poder con el pueblo. «Si el poder cambia la ortodoxia», dice el escritor en su *Cuaderno de apuntes* de 1875, «entonces el pueblo elegirá otro. La ortodoxia, es decir, la forma de la confesión de Cristo, es el comienzo de nuestra moral y conciencia, y por lo tanto, de la fuerza social, de la ciencia, de todo» (21, 266).

Dostoievski aconseja a la intelectualidad rusa que no intente cambiar el sistema social según los estándares de otras naciones, sino que mejor vaya al pueblo, que entienda su verdad, que aprenda de él la humildad y la «realidad de la mente» y, especialmente, la «unidad en la causa común» de la salvación. Sólo entonces «aparecerá el todo, y el todo influirá en sí mismo y llamará la razón. Sí, será verdaderamente una escuela para todos nosotros y será la escuela más fructífera» (27, 24). Gracias a esto, según el escritor, podrá producirse la fusión espiritual que tanto los intelectuales como el pueblo necesitan, y que determinará la implementación de una nueva reforma, más importante en significado y escala que la liberación de los campesinos, a saber: «la liberación de nuestras mentes y corazones de una cierta servidumbre, en la que nosotros también permanecemos durante dos siglos con respecto a Europa, a la manera en que en nuestro país el campesino era recientemente nuestro esclavo» (27, 25). Así, paradójicamente, para Dostoievski, el campesino siervo ruso era mucho más libre que los intelectuales, quienes imitaban servilmente a Europa y habían abandonado a su pueblo a su suerte. Sin embargo, no fue el pueblo el que quedó abandonado, pues tenía un terreno firme en el amor a su tierra y en la fe en su Dios, sino que la intelectualidad misma se encontró sin una base firme bajo sus

pies; ella misma perdió lo que le daba fuerza –la fusión con el pueblo– y, finalmente, esta pérdida puso las bases de la decadencia dentro de la propia familia de los intelectuales.

Las reformas de Pedro trajeron a Rusia un desarrollo basado principalmente en los logros de la ciencia, pero al formar una nueva capa de la sociedad, educada en el espíritu europeo, la ciencia comenzó a ocupar el lugar que antes pertenecía a la fe popular. La ciencia se convirtió en la medida de todo y la fe fue relegada con desprecio a un segundo plano como un eco de los viejos tiempos de pobreza, atraso e ignorancia. Dostoievski se opuso a esta situación. Él creía que al aceptar la ciencia como el soporte de todo, los hombres descuidaron esa «inteligencia principal», la del corazón, que les había revelado el sentido del universo y la sabiduría de Dios. Sin embargo, el pueblo, al carecer de educación científica, conservaba este método de adquisición de conocimiento, que, por lo demás, según Dostoievski, todavía se poseía en la infancia. La intelectualidad reivindica el conocimiento con su ciencia, mientras que el pueblo intuitivamente «conoce-siente» y, mientras tanto, el «conocimiento» del intelectual es, en la mayoría de los casos, según el escritor, sólo una conclusión abstracta y el «conocimiento sensible» del pueblo es algo más real, confirmado por la vida. Por otra parte, recordemos otra vez lo que Dostoievski escribe en su *Cuaderno de apuntes* de 1864-1865, en la parte que él llamó *Socialismo y cristianismo*, y allí verán que para el escritor la civilización, en la que los intelectuales creen tan fervientemente, significa esencialmente el rechazo de las leyes y la autoridad de las masas y el desarrollo del individualismo. El hombre pierde su inmediatez anterior y, por lo tanto, pierde su fe en Dios, se convierte en una víctima del conocimiento artificial, y su mundo también se convierte en una «realidad de libro». En cuanto al pueblo, todo lo contrario: no acepta los delirios de la civilización y continúa viviendo en forma natural, directa, en masa, sin buscar la afirmación de su personalidad y manteniendo una fe viva en Dios. En otras palabras, según Dostoievski, resulta que la intelectualidad rusa, al elegir el camino «civilizado» de desarrollo, dio un paso atrás en el verdadero desarrollo de su personalidad, y el pueblo, conservando su inmediatez y viviendo no para sí mismo, sino para la masa, pudo continuar el desarrollo natural y, por lo tanto, verdadero de su yo. Así,

Dostoievski contrapone la «vida viva» del pueblo a la «vida de libro» de los intelectuales³. Esta contraposición en el escritor, por cierto, ya se observa en sus primeras obras en la imagen de los soñadores (*La patrona*, *Las noches blancas*): ellos perdieron la costumbre de la vida viva y cuando ella los llama resulta que no están preparados para tal encuentro. Lo mismo ocurre con el hombre del subsuelo, quien admitió: «“La vida viva”, a falta de costumbre, me ha oprimido» (5, 176), y luego, ya en nombre de toda la «intelectualidad del subsuelo», afirmó: «todos nos desacostumbramos de la vida, todos cojeamos [...] y todos para nuestros adentros estamos de acuerdo en que vivir según los libros es mejor. [...] Déjennos solos, sin un libro, y al instante nos confundiremos, nos perderemos, no sabremos a qué adherirnos, de qué sostenernos, qué amar y qué odiar, qué respetar y qué despreciar» (5, 178–179). Con la pérdida de la «vida viva», cuando ya no hay sensaciones directamente naturales, el hombre se convierte en un fantasma de mente distraída y abstracta y su conciencia también se vuelve fantasmal. «Pronto, concluye el paradójico del subsuelo, imaginaremos nacer de una idea» (5, 179). Dostoievski llama enfermedad a esta condición. No queda nada vivo y el hombre toma conciencia de todo no sobre la base de una sensación directa (ni siquiera sabe dónde está la fuente principal de la vida viva, la perdió), sino de algunas fuentes de tercer grado. En el intelectual, la conciencia «quiere sustituir la vida por teorías sobre ella basadas en el conocimiento, directamente derivado del propio conocimiento» (20, 196). Además, el intelectual ruso se considera con derecho a casi obligar al pueblo a adoptar la misma forma de «conocimiento» de la vida, como si imaginara con orgullo que es él, el intelectual, el portador de la verdad y la luz, y que el pueblo está obligado a seguirlo. Mientras tanto, Dostoievski piensa que la intelectualidad no debe descender, sino elevarse hasta el pueblo, recuperar su capacidad vital para poder realmente de manera integral conocer cualquier cosa. Sólo entonces la idea del escritor de que «no de la conciencia derivan las enfermedades [...], sino la conciencia misma es la enfermedad» (20, 197), puede ser relegada a un segundo plano, porque si «la conciencia misma es una enfermedad», es únicamente porque quieren reemplazar con ella la vida. Para Dostoievski la conciencia no es un anatema. Es aceptable si viene de la vida misma. Si es

³ He aquí, por ejemplo, las palabras de Dostoievski sobre Chernyshevski, a quien el escritor reconoció como uno de los líderes de la intelectualidad rusa: «Para el Sr. Chernyshevski los libros, y sobre todo los libros, significan todo. Él mismo lo confiesa: no tiene ni idea de la vida» (20, 156).

así, entonces no sólo tiene una base vital, sino también religiosa, ya que la fe en Dios se confirma como verdad por la vida misma, porque Dios creó todas las cosas y hay Dios en todas las cosas. El estado de cada intelectual, separado de la «vida viva», parece duplicar el estado de la civilización misma. Ella negó a Dios y contribuyó a la desintegración de las masas en personalidades, estableció la unidad universal... en el aislamiento. ¿Cómo resistirse? Así, para Dostoievski, la civilización «es un estado enfermo» (20, 192), lo cual se demuestra por el hecho de que «el hombre en este estado se siente mal» (*ibid.*) ya que aquí todo es antinatural, anormal y, en cambio, al regresar a la vida natural, a la masa, el hombre se devuelve la normalidad y se recupera, lo que se refleja en que en la inmediatez, en lo natural y en la masa, tiene una fuerte sensación de que «esto es terriblemente bueno» (*ibid.*).

El retorno a la inmediatez, a lo natural y el abandono voluntario de la personalidad es el acto supremo de la conciencia. Entonces el retorno es realmente completo y puede comprender a Dios. Sin embargo, no se debe concluir que Dostoievski consideraba innecesario el período de desarrollo de la civilización. Por el contrario, pensó que tal desarrollo era necesario; no fue por casualidad que el escritor se diera cuenta de que, los intelectuales, en cierto modo, eran muy inferiores al pueblo, pero también el pueblo, de alguna manera, era inferior a los intelectuales. Regresaremos a este punto más tarde.

El hombre civilizado, educado en los logros de la ciencia, a la cual, por otra parte, Dostoievski vio en un estadio de infancia, a menudo reclamaba el dominio de la verdad, y no es malo que despreciara con orgullo a un pueblo que supuestamente no había crecido hasta esta verdad, sino que, con la ayuda de esta misma ciencia inmadura, comenzó a negar la fe del pueblo y a inventar todo tipo de formas de rehacer el mundo, además, sin tener en cuenta la opinión del pueblo al que iba a «hacer feliz», y suponiendo que todos lo seguirían, porque los intelectuales son «personas con pensamiento» (16, 16).

La cuestión de la relación de la intelectualidad rusa con el pueblo fue una de las más preocupantes para Dostoievski. En los materiales de la novela *Demonios*, el escritor vuelve constantemente a este tema y, se lamenta del hecho de que la ciencia afecta la conciencia de las personas con mayor frecuencia de manera negativa. Así, el Príncipe (es decir, el futuro Stavroguin) confiesa a Shátov que casi no hay creyentes en el entorno de los intelectuales.

«Hay verdaderos creyentes de entre los que tienen una educación profunda, pero me pareció que eran tontos; de entre los hombres inteligentes y desarrollados no encontré ninguno absolutamente creyente» (11, 189). Por supuesto, esta postura no es exactamente la del autor, está demasiado exagerada por el Príncipe, quien, aparentemente, piensa que no es inteligente creer (o al menos no en el gusto de los inteligentes). Sin embargo, la posición del Príncipe desde el punto de vista de Dostoievski era muy característica del círculo intelectual. Mientras tanto, toda esta intelectualidad, según el escritor, cojea. Se apartó de la vida y pasó del mundo de la natural inmediatez al mundo «hermoso» de la abstracción del pensamiento. Esta transición, que se ha fortalecido continuamente en Rusia desde Pedro el Grande, ha determinado no sólo la pérdida de la fe, que es trágica por sí misma: «La abstracción del pensamiento —escribe Dostoievski—, la abstracción de la vida y la postura social son a veces la causa en algunas personas de la extrema crueldad hacia los seres humanos y del prejuicio en los juicios acerca de las personas y las cosas» (11, 143). Aquí Dostoievski se expresó demasiado suavemente: lo que hay «en algunas personas» bien se podría extender «a la mayoría de los intelectuales rusos» y esto correspondería más a la opinión del escritor, que creía que el subsuelo y la familia casual son fenómenos que, por lo demás, están interrelacionados, ya que son engendrados por la influencia de la ciencia inmadura sobre los hombres inmaduros y que abarcaban casi la totalidad de la sociedad intelectual superior. Y el subsuelo y la familia casual tienen sus raíces comunes en la dirección falsa de la educación, que, una vez más, se ha alejado de la vida misma.

En *El sueño de un hombre ridículo* Dostoievski describe la imagen de la pérdida del paraíso principalmente como resultado de alejarse de la inmediatez, la gente ya no quería regresar al contacto directo con la naturaleza. «Tenemos una ciencia -dicen al hombre ridículo- y a través de ella encontraremos de nuevo la verdad, pero la aceptaremos ya conscientemente. El conocimiento está por encima del sentimiento, la conciencia de la vida está por encima de la vida. La ciencia nos dará sabiduría; la sabiduría revelará las leyes. El conocimiento de las leyes de la felicidad está por encima de la felicidad» (25, 16). Cabe resaltar el comentario del hombre ridículo, quien afirma que «después de tales palabras, cada uno se amó más que a todos, y no podían hacer ellos de otra manera» (*ibid.*). En otras palabras, la humanidad del mundo en el que cayó el hombre ridículo, repitió la historia de la humanidad terrestre. Perdió el paraíso porque «se comió una manzana». El hombre

ridículo se presenta como el tentador-serpiente y la gente, queriendo saber más, se aleja de la inmediatez vital y se adhiere al reino de los conceptos abstractos y crea sus endebles ciencias. Y aquí sobreviene el período del gran aislamiento, un período de enfermedad universal del que los hombres ahora están tratando de escapar. ¿Cómo? Una vez más uniéndose, pero ahora ya no natural, directamente, sino con la ayuda de la ciencia, proclamando que el individuo es valioso en sí mismo, pero ante todo con el fin de que cada uno pueda continuar amándose más que a su prójimo y no interferir con el otro. En otras palabras, una unificación en el aislamiento. Una ilusión de masa de espíritus solitarios. Así pues, los hombres se han puesto de acuerdo en el deseo de la reunificación de la humanidad, pero no en la forma de la realización de esta reunificación (para ello necesitan un punto de partida diferente). Y comenzaron las guerras. «Todos los beligerantes creían firmemente, al mismo tiempo, -continúa su relato el hombre ridículo-, que la ciencia, la sabiduría y el sentido de la autoconservación obligarían finalmente al hombre a unirse en una sociedad consonante y racional y por ello, mientras tanto, para acelerar la causa, los «sabios» se esforzaban por exterminar lo antes posible a todos los «no sabios» que no entendían su idea, para que no interfirieran con el dominio de ella» (25, 117). Como vemos; lo que turba al escritor es la arrogancia de las personas «inteligentes», que han declarado la ciencia como la medida de todo y han descartado el amor al prójimo como algo innecesario. Mientras tanto, fue precisamente Dostoievski quien dio al amor por el prójimo la importancia preferente y dominante en la causa de la unidad final y universal de los hombres.

La ciencia en sí misma no conducirá a nada bueno, sólo podrá «crear un hormiguero y no una “armonía” social en la que el hombre pueda vivir en armonía» (21, 10). Ella, al negar la fe en Dios, negó también los principios morales que son la base de todo. Pero el hombre no puede detenerse en la ciencia: antes no desempeñaba ésta un papel primordial y no debería hacerlo ahora, pues no satisface al ser humano sobre todo porque no puede dar la noción del bien y del mal. Así, en el análisis de la novela de León Tolstói *Anna Karenina*, que Dostoievski hizo en *El diario de un escritor* de 1877 (junio-agosto), el escritor cita algunas ideas de Levin, personaje de la novela, con las que se declara totalmente de acuerdo: «Con la conciencia –dice Dostoievski en nombre de Levin–, con el concepto del bien y del mal, todo hombre nace, por lo tanto, nace directamente con el propósito de la

vida; vivir para el bien y no amar el mal. [...] Y el hecho de que tal concepto se entrega como un don tiene evidencias directas: todos en el mundo entienden, o pueden entender, que es necesario *amar al prójimo como a sí mismo*. En este conocimiento, en esencia, está fundamentada toda la ley humana, tal como Cristo mismo nos ha declarado» (25, 204). Luego entonces, de nuevo, lo principal es amar al prójimo como a sí mismo, según el mandamiento de Cristo. Entonces cesará esta separación universal provocada por colocar en primer plano a la ciencia; la moral debe estar en primer plano. Pero la moral no está en la ciencia -la ciencia está muerta-, sino en Cristo, por lo que sólo la moral puede sacar al hombre de la anormalidad; sólo ella es capaz de satisfacerlo, lo que significa que sólo la fe en Cristo le dará al hombre la base moral necesaria para rehacerse a sí mismo y al mundo en dirección hacia el ideal, es decir, hacia la realización del reino de los cielos en la tierra, que, como afirma Dostoievski con las palabras del Visitante Misterioso, se hará realidad, «pero primero debe haber un período de soledad humana» (14, 275), después de que la civilización haya alcanzado la cima de su desarrollo aislador.

Hay que subrayar aquí que Dostoievski, hablando propiamente, no tenía nada en contra de la ciencia en su conjunto, sino que no aceptaba a la gran parte de la intelectualidad rusa que había hecho de la ciencia su ídolo y su religión, ni aceptaba los argumentos de la misma intelectualidad, que negaba la existencia de Dios únicamente porque la existencia de Dios no era científicamente demostrable, mientras que, en la opinión de estos intelectuales, la verdad era sólo lo que se mantenía dentro de los límites de las leyes de la ciencia humana. En este sentido, Dostoievski también se opuso enérgicamente a aquellos hombres que pretendían poseer leyes casi matemáticas para lograr la felicidad y reglas para convertirse de un solo golpe en verdaderos seres humanos, mientras que, según el escritor, «no puede uno convertirse en hombre de golpe, sino que hay que irse curtiendo para hacerse hombre» (25, 47)⁴.

⁴ Aquí veo una contradicción en Dostoievski. Después de todo él pensó que el hombre era infeliz y malo porque no sabía que era feliz y bueno, porque Dios vive en él y en todo lo que lo rodea. Al darse cuenta de esta verdad (y esto se puede en un instante), se convertirá inmediatamente en feliz y bueno, es decir, se convertirá en un hombre. Otro asunto sería, si afirmáramos que para Dostoievski la ciencia que niega a Dios no encontrará esta verdad de ninguna manera.

Dostoievski respetaba la ciencia y reconocía que «la gente la necesita terriblemente» (27, 25), pero no para negar la fe del pueblo, sino para comprender mejor sus santuarios. Tal ciencia debe ser, como ya se ha señalado, religiosa en su fundamento. Sólo así podrá explicar los secretos más profundos de la creación, de lo contrario, los científicos sólo perderán su tiempo. Makar Dolgoruki dice de ellos lo que, de hecho, expresa la idea del escritor: «leen e interpretan todo el conocimiento de su época, saciados de la dulzura de la lectura, y ellos mismos están perplejos y no pueden resolver nada» (13, 302). Pero si la ciencia es religiosa, o más bien, si el hombre le da a la ciencia una orientación religiosa⁵, le ayudará a cumplir el pacto de Dios, porque «todo es entregado al hombre por la voluntad de Dios; no en vano Dios le ha infundido el aliento de la vida: “Vive y conoce”» (13, 287-288). Sin embargo, es necesario agregar que entonces tal ciencia no religiosa irá no tanto por el camino con la mente, sino por el camino con el corazón⁶. Sin esto, ella no puede avanzar, porque solo este camino conduce a la verdad, a Dios; no en vano, Zosima aconseja a la señora Jojlakova que no adquiera la fe con la mente, sino con el poder del amor activo, en tanto que Aliosha le aconseja a su hermano Iván que ame la vida antes que la lógica, ya que el amor, y no la mente, proporciona una comprensión suprema del significado de la existencia. No es de extrañar que héroes como Kirílov en *Los demonios* y Markel, el misterioso visitante y Zosima en *Los hermanos Karamázov*, una vez que han experimentado el amor a la vida, entiendan que ella es el paraíso, porque los dones de Dios rodean al hombre, y ya que es así, entonces se puede, como Myshkin, sentirse feliz porque ves un árbol y lo amas, amas a una araña que se arrastra por la pared y oras con gratitud a Dios; sientes la naturaleza y dices: «Sí, esto es verdad, es bueno»; no perdonas nada, «porque ya no hay nada que perdonar» (10, 450) y en el momento de la más elevada bienaventuranza, nada es ajeno, todo se fusiona en ti, y dices, como el peregrino Makar: «todo esto está contenido en mí... [...] ¡Se está bien en el mundo, querido!» (13, 290) y se

⁵ Con esto no quiero decir que Dostoievski negaba la importancia de las ciencias naturales y su aplicación en la industria y en otras ramas. Simplemente no las aceptaba como productoras de valores espirituales, sino que creía que las ciencias debían estar subordinadas a los objetivos de la religión. En otras palabras, la religión le da el verdadero sentido a las ciencias.

⁶ Por ejemplo, en los borradores de *Los hermanos Karamázov*, Dostoievski escribe: «entonces no temeremos la ciencia, incluso señalaremos nuevos caminos en ella» (15, 250).

da cuenta de que «la vida es un regalo» y que «cada minuto podría haber sido un siglo de felicidad» (28.1, 164)⁷.

Para su gran disgusto, Dostoievski vio que la mayoría de los intelectuales rusos habían optado por una ciencia que seguía el camino del intelecto, lo que reforzó aún más su alejamiento del pueblo, ya que, al tratar de resolver intelectualmente las cuestiones fundamentales de la existencia, no habían encontrado a Dios y se habían convertido en ateos, socialistas o nihilistas, lo cual es prácticamente lo mismo para Dostoievski. También hicieron popular en Rusia la teoría del medio, en la que se reconoce que el medio determina el comportamiento de una persona y, por lo tanto, al estar bajo el yugo de un entorno desfavorable debido a la anormalidad del sistema social, una persona se ve obligada a transgredir, porque no se puede esperar un comportamiento humano normal donde la anormalidad es la regla. Por lo tanto, su objetivo es organizar una sociedad normal para que los crímenes cesen de una vez y las personas se vuelvan justas. En *Crimen y castigo*, Razumijin se enfurece contra tal comprensión «científica» de la esencia humana, enfatizando que todo esto es una sistematización muerta de los procesos vivos de la historia de la sociedad, hecha por alguna cabeza matemática y sin tomar en cuenta la naturaleza humana. Y esta cabeza redujo todo a una sola cuestión de comodidad, eliminando toda necesidad de el «alma viva». Ellos, se queja Razumijin, «no gustan del proceso vivo de la vida: ¡no es necesario un alma viva! El alma viva de la vida exigirá, el alma viva no obedecerá a la mecánica, el alma viva es sospechosa, ¡el alma viva es retrógrada!» (6, 197).

Dostoievski no aceptaba el mecanicismo de la teoría del medio ambiente, en la que se eliminaba toda la responsabilidad del hombre por sus propios crímenes, porque se creía que el hombre estaba completamente subordinado al medio ambiente. Así, por ejemplo, después de acusar a Dmitri Karamázov de asesinato, el seminarista Rakitin va a escribir un artículo sobre este caso. «Con tendencia», dice Mitia, «algo quiere: “dicen que no era posible que él no matara, devorado por el medio”, etc., me explicó. Saldrá con un tinte de socialismo, dice» (15, 28). Sin aceptar el mecanicismo de esta teoría, Dostoievski reconoció, sin embargo, de acuerdo con el espíritu cristiano, la influencia del medio

⁷ Esta cita es de la carta de Dostoievski a su hermano Mijaíl del 22 de diciembre de 1949, poco antes de que lo envíen preso a Siberia.

ambiente en el hombre, sin quitar de él la responsabilidad. El cristianismo, reflexiona Dostoievski, «reconociendo plenamente la presión del medio y habiendo declarado como deber del ser humano luchar contra el medio, pone un límite entre dónde termina el medio y dónde comienza el deber.

Al hacer responsable al hombre, el cristianismo reconoce su libertad. Por su parte, la doctrina del medio, al hacer que el hombre dependa de cada error en la organización de lo social, lleva al hombre a una impersonalidad perfecta, a una liberación perfecta de todo deber personal moral, de toda independencia, a la esclavitud más abominable que se pueda imaginar: «reconocer plenamente las presiones del medio y proclamar que es deber del hombre luchar contra el medio» (21, 16).

La teoría del medio niega la esencia espiritual del hombre y no considera nada más que el medio social, condicionado por las relaciones económicas. Mientras tanto, Dostoievski cree que todavía hay un medio ideológico —«las ideas [...] flotan en el aire, hay algo penetrante en la idea...» (21, 16)— capaz de infectar o fertilizar literalmente la mente de los hombres; las ideas pueden no ser expresadas, sino sólo inconscientemente tangibles. En el pueblo ruso, según Dostoievski, una de estas ideas es la idea de que el crimen puede llamarse (y se hace) infelicidad, y el criminal, infeliz. Por cierto, creo que Dostoievski podría atribuir la idea de la todopermisibilidad a la misma categoría de ideas que flotan en el espacio y que, por así decirlo, son portadas por el mismo espíritu del tiempo e introducidas en las conciencias de la capa educada de la sociedad, la cual reconoció en la visión atea la única posible y científica visión y, por lo tanto, la única vitalmente fidedigna. Pero si la visión atea flotaba en el aire, entonces también flotaba en el aire la visión opuesta. Así, al parecer, Dostoievski también reconocía la existencia de un medio espiritual en el que ciertas personas, o incluso masas enteras, estaban bajo la influencia de una fuerza espiritual que reinaba en el espacio, ya fuera de origen divino o humano. Así, por ejemplo, en el aire, en la tierra, en todas partes se siente la gracia divina, que puede abrir al hombre la puerta a «otros mundos»; por otro lado, la influencia puede provenir de la fuerza espiritual de una determinada persona: en este caso, las personas inconscientemente, o tal vez conscientemente, sienten algún tipo de encanto, alguna fuerza que los atrae poderosamente a esa persona. Así afectan a las personas Stavroguin, en parte Raskólnikov e

Iván Karamázov, pero, especialmente, los personajes positivamente hermosos de Dostoievski, y afectan a las personas no tanto por la fuerza de la idea de la que son portadores, sino por la fuerza de su espíritu, es decir, por lo que Zosima llama «brillar», resplandecer. Sin embargo, la influencia de un medio determinado no condiciona la conducta del hombre, pues en última instancia el ser humano es libre y puede, de acuerdo con su deseo y con sus principios, resistir o rendirse a esa influencia. Aquí, por cierto, Dostoievski aconseja elegir el camino de menor resistencia, es decir, lo que corresponde naturalmente a la naturaleza del hombre⁸ -porque la conciencia a través de la cual se lleva a cabo el juicio de Dios sabe lo que es bueno y lo que es malo-, y no lo que le causa tormento. Además, una persona no sólo elige resistir o rendirse a la influencia del medio ambiente; también ejerce una influencia opuesta sobre éste y, como afirma Dostoievski, el hombre mismo determina el medio, ya que «el medio depende completamente de él, de su continuo arrepentimiento y superación personal. La energía, el trabajo y la lucha: he aquí con qué se transforma el medio» (21, 18). Por lo tanto, el medio no es responsable del hombre, sino que el hombre es responsable del medio, y esta responsabilidad enfatiza su libertad. El entorno ruso, según el escritor, estuvo influido principalmente por dos tendencias opuestas: una de ellas es popular, ortodoxa, basada en el suelo nativo; la otra es antipopular, atea, basada en la imitación esclava de Occidente. En la lucha de estos opuestos se basó el desarrollo de la sociedad moderna a Dostoievski y el escritor vio en la segunda dirección un rechazo explícito por parte de los intelectuales ateos al reconocimiento en el pueblo de la más mínima independencia del pensamiento. Estos son los occidentalistas, los intelectuales rusos que nunca entendieron al pueblo y sus espacios santos, sino que se fueron a Occidente, donde desde hace mucho domina el hombre abstracto (no concreto) y, por alguna razón, donde se olvida al individuo en particular, de un alma viva; donde la gente quiere, para la felicidad general, «volver a crear el mundo por medio de la razón y la experiencia» (29.1, 214). Pero nada funciona, porque se perdió a Cristo y, por tanto, todo se turbó. «El fundamento moral de la sociedad (tomado del positivismo) no sólo no produce resultados, sino que tampoco puede definirse por sí

⁸ Y, por lo visto, lo que corresponde a esa naturaleza, según Dostoievski, es la Belleza Crística. Por tanto, restituir lo que es la naturaleza humana es, simultáneamente, restituir activamente la imagen de Cristo en el hombre en un nivel distinto, toda vez que ya se habrá pasado por la prueba llamada «civilización».

mismo, se confunde en deseos e ideales» (*ibid.*). ¿Acaso necesita Rusia de tal imitación? El asunto llegó hasta tal punto que, la intelectualidad rusa considera un axioma incluso las ideas surgidas en Europa y que aún están lejos de ser aceptadas por todos allí; además, la intelectualidad misma se considera representante suprema del pueblo y se siente con derecho a aplicar estos axiomas a Rusia y llevar a cabo todo tipo de experimentos sobre ella, hasta la revolución social y violenta e, incluso, el derramamiento de sangre.

El estar separada del pueblo es la principal enfermedad que sufre la intelectualidad, que se expresa más, según Dostoievski, en el tipo común de revolucionario ruso. Los intelectuales rusos están más alejados de todo lo vivo, del suelo⁹, de la verdad popular, mientras proclaman en todo el mundo su feo ideal de la felicidad futura de la humanidad sin Cristo, en el que se eliminan la libertad y la responsabilidad de los hombres y se permite la sangre, la venganza y la destrucción en nombre del ideal. Caos en nombre del orden, odio en nombre del amor.

La tragedia de la intelectualidad rusa de la época de Dostoievski fue que tuvo que vivir en un período de la historia rusa, cuando el espíritu general de la época, dictado por las reformas de Pedro el Grande, le abrió el camino a Europa, pero no fortaleció los lazos con su tierra natal. Hablando de Herzen, Dostoievski escribe lo siguiente: «Herzen no emigró, no puso la base del comienzo de la emigración rusa; no, nació como emigrante. Todos ellos, como él, nacieron entre nosotros como emigrantes, aunque la mayoría de ellos no salieron de Rusia. [...] A Herzen parece que la historia misma lo concibió para expresar en sí mismo, de la manera más vívida, esta ruptura con el pueblo por parte de la inmensa mayoría de nuestra clase educada. En este sentido se trata de un tipo de histórico. Ellos, al separarse del pueblo, naturalmente perdieron a Dios. Los inquietos se convirtieron en ateos; los lentos y tranquilos se volvieron indiferentes. Hacia el pueblo ruso alimentaban sólo desprecio, mientras al mismo tiempo creían e imaginaban que lo amaban y le deseaban lo mejor. Lo amaban negativamente, imaginando en su lugar un pueblo ideal, como debería ser, según sus conceptos, el pueblo ruso» (21, 8-9).

⁹ En el sentido de las raíces espirituales del pueblo.

Lo único que podía salvar a los intelectuales de la emigración interna era redescubrir al pueblo y, a través de él, a Dios. Ser tratado de su enfermedad por el pueblo, aceptar su fe y su humildad y, si es difícil, entonces participar, como Shátov aconseja a Stavroguin, en el trabajo campesino y a través de él reencontrar a Dios, merecerlo, porque tal trabajo significaría para el orgulloso intelectual la reanudación de la conexión con su tierra natal¹⁰, cuya pérdida determinó también la pérdida de sus objetivos reales y de su verdadero rostro nacional. ¡Eterno paso vacilante a ninguna parte! «Un ateo -recuerda Shátov las palabras que Stavroguin dijo una vez- no puede ser ruso, un ateo deja de ser ruso de inmediato. [...] Un no ortodoxo no puede ser ruso» (10, 197). Mientras tanto, ser ruso significa estar en el mismo terreno que el pueblo, según Shátov (en los materiales preparatorios para la novela *Los demonios*), «creer que a través de este pueblo se salvará toda la humanidad, y la idea definitiva será introducida al mundo, así como el reino de los cielos en él» (11, 132).

Dostoievski no dudaba de que un verdadero intelectual ruso debía llegar a ser creyente; más aún, ortodoxo, además de amar la tierra patria y los valores que de ella emanan; sólo entonces sus principios morales e ideales tendrían fuerza, ya que no procederían de tal o cual «filosofía digestiva», de la necesidad del estómago y de los valores transitorios, sino de la vida misma, del plan mismo de Dios para el hombre del que el intelectual se volvería colaborador. Y no olviden que Dostoievski, a través de su amado *starets* Zosima, expresó su convicción de que Dios creó al hombre no para el sufrimiento, sino para la felicidad y, además, señaló el ideal moral de la Belleza que conduce a la felicidad universal y eterna. Por lo tanto, la llamada del escritor a la tierra desde su punto de vista no significaba estrechar el horizonte del intelectual, sino expandirlo a un verdadero ideal universal, es decir, al único ideal que puede llegar a ser, y es, universalmente humano.

Por cierto, sobre las relaciones entre los occidentalistas y los *pochvenniki*: hay un artículo muy curioso de Dostoievski que publicó en el *Diario de un escritor* de junio de 1876, titulado *Mi paradoja*. En este artículo, Dostoievski afirma que las nueve décimas partes de los rusos, cuando se cultivaban en Occidente, generalmente no se unían a los elementos conservadores de Europa, sino a los destructores, se convertían no solo en

¹⁰ En el *Cuaderno de apuntes* de 1876-1877, Dostoievski señala: «Nuestro ateísmo no es más que una separación del pueblo, un desprendimiento de la tierra. Si se sentaran en la tierra y la cultivaran, creerían en Dios» (24, 234).

liberales, sino también en revolucionarios, se unían al lado izquierdo de los europeos, «es decir, siempre al lado que negaba su propia cultura, su propia civilización» (23, 38). He aquí la paradoja: la parte de la intelectualidad rusa que se llamó a sí misma «occidentalista» se convirtió en la negadora más feroz de la civilización occidental. Dostoievski sugiere que la actitud hacia la cultura europea, que resultó ser odiada y en muchos aspectos demasiado ajena al alma rusa, influyó en esto. «El alma rusa, aunque inconscientemente», dice el escritor, «protestó en nombre de su rusismo, en nombre de su principio ruso y reprimido» (23, 39). Lo que vieron en Europa los indignó, había tanto daño y mal que su alma rusa no podía resignarse y no protestar. Por supuesto, la ventana abierta por Pedro el Grande no debería haber sido clavada, no se trata de eso, pero aun así, queda el hecho de que los occidentalistas rusos en algún lugar de su subconsciente entendieron que había algo más valioso y más ligero en ellos que lo que les trajeron de allí y, curiosamente, al apoyar las reformas de Pedro el Grande, al mismo tiempo negaron la cultura que estas reformas ofrecían a los intelectuales rusos para su asimilación. «¿Y qué? Resultó que con esto ellos mismos se significaron como los rusos más celosos, luchadores por Rusia y por el espíritu ruso» (23, 40).

Cabe destacar que, según Dostoievski, la «protesta» contra la cultura europea tiene la misma raíz entre los occidentalistas y los eslavófilos: Rusia lleva algo mejor en sí misma. Esto los une, pero mientras los eslavófilos vuelven sus ojos a Rusia, a sus valores, los occidentales en Europa se convierten en socialistas y revolucionarios, pero, de hecho, paradójicamente, ambos siguen siendo conservadores (en nombre de su rusismo). Y surgió un malentendido: se formaron dos campos aparentemente opuestos, pero ambos conservadores (¡!). «Hubo un gran error en ambos lados», explica Dostoievski, «y, sobre todo aquel que cometieron todos estos occidentalistas de entonces, quienes mezclaron a Rusia con Europa [...] y negando a Europa y su orden, pensaron que la misma negación podía aplicarse a Rusia, mientras que Rusia no era en absoluto Europa, sino que sólo iba con el uniforme europeo, pero bajo el uniforme había un ser completamente diferente» (23, 40-41). Esto era precisamente lo que entendían los eslavófilos, que señalaban a los occidentalistas que «la conclusión que es apta para Europa no es aplicable en absoluto a Rusia, en parte y porque todo lo que desean en Europa está ya en Rusia desde hace mucho tiempo, por lo menos en su embrión y en su posibilidad, e incluso constituye su esencia,

pero no en su forma revolucionaria, sino en lo que estas ideas de la renovación humana universal deben manifestarse: en la forma de la verdad de Dios, en la forma de la verdad de Cristo, que algún día se hará realidad en la tierra y que se conserva completamente en la ortodoxia» (23, 41).

Así, el principal error de los occidentalistas, según la convicción de Dostoievski, consiste en que buscaban en Europa la resolución de problemas sobre la felicidad universal, mientras que todo esto ya estaba en Rusia. Dejaron pasar de largo al pueblo y a su fe, en tanto que justo en ello se encontraba la clave de la unidad universal para la armonía futura, y he aquí otra paradoja: en nombre de su rusismo, como afirma Dostoievski, se unieron a los negadores de la cultura europea y se convirtieron en socialistas, revolucionarios, occidentalistas; al negar a Europa, se designaron a sí mismos como «luchadores por Rusia», pero, descuidando la fe del pueblo, se convirtieron en ateos y, por lo tanto, dejaron de ser rusos, ya que, según el escritor, un verdadero ruso no puede ser ateo. De tal manera se forma un círculo vicioso absurdo y encantado: al creer en Europa, el occidentalista siente, sin embargo, sin darse cuenta, que en Rusia tiene algo mejor y, como protesta contra el ideal que le presenta Europa, se une a los destructores de ella, en nombre del ideal que vive en él como ruso. Sin embargo, al rebelarse contra Europa, se vuelve socialista y ateo y, actuando en su protesta como un verdadero ruso, pierde, sin embargo, su rostro nacional, porque todos los rusos están unidos en la ortodoxia y, fuera de la ortodoxia, el ruso niega sus raíces, deja de ser él mismo. Al dejar de ser él mismo, al perder su rostro, mira de nuevo a Europa, luego sobrevienen nuevas protestas en nombre de su rusismo y la consiguiente negación del ruso que hay en él, etc., etc., etc., etc. ¿Cómo salir de este círculo?

¿Cómo resolver la paradoja? En principio, ni siquiera es una dificultad adicional y es fácil de resolver, porque lo único que debe hacer el intelectual es continuar defendiendo su rusismo, pero no unirse a los destructores para esto, sino, como lo hicieron los eslavófilos, regresar a su gente, a sus raíces y a su tierra. Entonces vendrá por sí misma la fe en el Dios verdadero. Por cierto, no se excluye la posibilidad de que el hombre primero recupere a Dios, y luego, por lo tanto, la fe en el pueblo. Sea como fuere, ambos están interrelacionados; recuerde, por ejemplo, las palabras de Zosima de que «quien no cree en Dios, tampoco creerá en el pueblo de Dios. El que crea en el pueblo de Dios, verá también

su santuario interno»¹¹ (14: 267). Además, Zosima expresa su convicción de que la fuerza espiritual del pueblo tarde o temprano llevará a los ateos de la tierra rusa hacia Dios.

La salida existe, pero ¿la aceptarán los ateos? Zosima dice que la gente los convertirá, y Dostoievski también está convencido de esto. ¿De dónde viene esa confianza? Creo que esto también se debe al hecho de que, como ya se mencionó, Dostoievski creía que no había verdaderos ateos. ¿Cómo puede ser ateo aquel dentro del cual vive Dios?¹² No hay ateos, sólo personas confundidas. Raskólnikov, Stavroguin, Versílov e Iván Karamázov están confundidos; Kraft, uno de sus héroes de la novela *El adolescente*, que se suicida por una idea, asumiendo que Rusia está destinada a jugar sólo un papel secundario en el desarrollo de la humanidad y no puede soportarlo; están confundidos Kiríllov y Shátov, quienes están al borde de la fe, que, por cierto, adquiere Stepán Trofímovich al final de su vida.

Hay otros ejemplos, pero me detendré un poco sólo en la imagen de Versílov, que es de particular interés, principalmente debido a su actitud hacia Makar Dolgoruki y hacia Sofía Andriyéyevna. No me refiero a cómo Versílov se quedó con la joven esposa de Makar, de cincuenta años; ni siquiera a cómo, a cambio, Makar no sólo los perdonó, sino que, en general, aparentemente no se sintió ofendido y, por el contrario, bendijo, de una manera cristiana, su camino, y al mismo tiempo dio su patronímico y apellido a los futuros hijos de esta pareja y hasta se preocupó por el futuro de su esposa. No es esta parte externa la que me interesa, sino lo que representa Versílov. Hay que decir que para Dostoievski, éste es ante todo un tipo de intelectual ruso, educado, como todos ellos, en el espíritu de la civilización europea. Versílov es un liberal ruso, un noble que emigró a Europa para «enterrarla». Pero él no se unió a la izquierda, a los destructores, no fue allá para destruir, sino para servir a Rusia, como él afirma, y presenta ante el mundo el pensamiento principal de Rusia, del cual él, Versílov, es portador, como representante de esa capa cultural superior, dentro de la cual se formó el tipo peculiar, exclusivamente ruso, del «dolor

¹¹ Las palabras de Zosima parecen resolver indirectamente el conflicto de Shátov, uno de los héroes de la novela *Los demonios*, que tenía una fe muy fuerte en el pueblo ruso, pero aún no podía creer completamente en Dios, aunque estaba a un paso de creer, si aceptamos la idea de Zosima. Por lo menos, Dostoievski estaba completamente de acuerdo con esto y, por lo tanto, se puede decir que Shátov tenía razón al decir: «crearé en Dios» (10, 201).

¹² Así, la fe, más que una convicción, es un estado de conciencia.

mundial por todos» (13, 376). Versílov viajó a Europa con nostalgia. ¿A enterrarla? Sí, porque el viejo mundo estaba muriendo en fuego y sangre, pero no se retiró, luchó y, a pesar del hecho de que era lógico esperar el colapso del viejo mundo, Versílov se decía a sí mismo: «como un europeo ruso [...], como portador del pensamiento cultural ruso superior, no podía admitir esto, porque el pensamiento ruso superior es la reconciliación de todas las ideas» (13, 375). Versílov sentía lástima por la cultura europea, en la que Europa misma no pensaba; él le sirvió y era más europeo que los propios franceses, alemanes, etc., pero no perdió su rusismo. Por el contrario, cuanto más europeo es, tanto más ruso es; cuanto más amaba las «viejas piedras ajenas» y los «fragmentos de los santos milagros» (13, 377), tanto más expresaba su amor por Rusia, porque la idea principal de Rusia es servir a Europa y al mundo, y, como se sabe, «sólo Rusia no vive para sí misma, sino para la idea» (13, 377).

Las ideas de Versílov coinciden prácticamente con las del propio Dostoievski. Todavía tendremos tiempo para hablar sobre el propósito de Rusia, pero por ahora veremos cómo se ven los pensamientos de Versílov a la luz de sus relaciones con Makar y Sofía Andriéyevna.

Versílov le dice al joven Arcadi que, cuando en Europa se empezó a proclamar el ateísmo, su corazón no lo permitía y, con angustia él, el único hombre libre de Europa, «lloraba por la vieja idea» (13, 378), es decir, por la fe en Dios. Él mismo comenzó a usar cadenas¹³ y «extrañaba a su Dios» (*ibid.*), pero, admite, tal vez no creía mucho en Él, «pero aun así no podía evitar extrañar la idea» (*ibid.*).

Como vemos, Versílov encarna el tipo de ateo que anhela a Dios, pero que aún no es capaz de una fe completa, brillante y armoniosa, como poseen Makar y Sofía y, a pesar de que es un representante de esa capa cultural superior que «guarda en sí mismo el futuro de Rusia» (13, 376), pues Rusia misma vivió, en su opinión, sólo para engendrarlos, sin embargo, él está desconectado, en realidad no es tan ruso como sugiere, porque, de nuevo (¡!), el que no cree en Dios y en la ortodoxia, no puede ser ruso. El barin¹⁴ Versílov emigra

¹³ Que usan los ascetas.

¹⁴ Barin, noble ruso.

a Europa para mostrar a la gente su anhelo por un ideal perdido, en el que él mismo no cree, pero cuya llamada siempre escucha.

Versílov se siente más ruso precisamente cuando se va de Rusia y «sirve» a Europa con su anhelo; pero el barin se equivoca. Para servir a Rusia, sirviendo a Europa, Versílov no sólo se separa de Rusia, sino que también abandona a su esposa no casada, Sofía Andriyéevna. Pensando sobre todo en el servicio a Rusia, abandona la Sofía rusa, la sabiduría de la tierra. Es cierto que luego se siente atraído por ella todo el tiempo, pero al regresar, no se queda. Esa es su tragedia. No puede quedarse, pero no puede volver. «Adiós, Sonia», le dice a su esposa, «voy a volver a vagar, como ya lo hice varias veces... Bueno, por supuesto, algún día volveré a ti, en este sentido eres inevitable» (13, 408). Sofía en verdad es para Versílov inevitable, porque no puede huir de sí mismo, de sus raíces. Sofía personifica para él cierto símbolo de la santidad de la tierra rusa, que evoca algún tipo de encanto en él. Sofía es la voz del suelo ruso con el que Versílov está conectado desde el momento de su nacimiento; compadeciendo y amando a Sofía, se arrepiente y ama a Rusia, pero se ahoga pues un inteligente barin ruso no puede rendirse completamente a Sofía y sus ideales. Se va a recuperar el aliento, a escapar de la unión con la tierra natal, a defender su personalidad estúpida y aparentemente libre, que egoístamente lo convierte en un vagabundo sin raíces, en una hoja que el viento lleva. Pero Rusia lo está esperando, está en su sangre y él, como antes, definitivamente regresará. Los Versílov siempre vuelven. Y Rusia, siempre amorosa, espera.

Versílov aparentemente se da cuenta de que no es su caprichosa voluntad la que ha triunfar. ¿A dónde escapar de Sofía? «Humilde resignación», la describe Versílov, «falta de respuesta y estado de humillación y, al mismo tiempo, firmeza, fuerza, fuerza real» (13, 104). Es precisamente esta fuerza, según la idea de Dostoievski, la que debe convertir definitivamente a Versílov, quien, por supuesto, es consciente de que Sofía ejerce una gran influencia sobre él. Por cierto, la misma descripción podría aplicarse a Sonia Marmeládova, gracias a la cual Raskólnikov ingresa en el camino del renacimiento espiritual.

Algo en el comportamiento de Sofía sorprende a Versílov. Él sabe que ella es capaz de ir al martirio en nombre de lo que ella considera sagrado, y él dice sin rodeos que esto es imposible para él personalmente. También sabe que ella pisa firmemente la tierra madre,

mientras él se tambalea. También es notable que, llamándose a sí mismo pueblo, se separa de él (es decir, se reconoce fuera del pueblo) cuando se compara a sí mismo y a sus semejantes con Sofía y el resto del pueblo: «Saben mejor que nosotros», habla con su hijo Arkadi, «llevar sus asuntos. Pueden continuar viviendo a su manera en las situaciones más antinaturales para ellos, y en las situaciones más ajenas son capaces de permanecer siendo completamente ellos mismos. Nosotros no sabemos hacerlo» (13, 105). Makar Dolgoruki también sabe seguir siendo él mismo, lo que también causa una sincera admiración por parte de Versílov por, en primer lugar, la independencia del espíritu y el hecho de que Makar Dolgoruki es, a sus ojos, el portador de alguna idea superior. Es decir, desde el punto de vista de Dostoievski Makar es un portador de Dios. Así se expresa Versílov sobre él: «Respeto mucho a la ciencia y, de todas las ciencias, le gusta más la astronomía. Con todo, ha desarrollado en sí mismo algo tan independiente que nunca se podrá mover de él. Las convicciones son sólidas, bastante claras... y verdaderas» (13, 312).

La confesión de Versílov es muy valiosa, ya que acepta como verdadera la sabiduría popular en la persona de Makar. Además, hay una fuerza tremendamente viva en Makar y en Sofía Andriyéevna, inherente a todo el pueblo ruso y que seduce a Versílov; agreguemos a esto la pureza de corazón y la ausencia de ira con las que reciben a Versílov (y a quien sea), a pesar de que éste ha estado lejos de ser bondadoso con ellos. Por supuesto, ellos son a su manera poderosos y poseen una fuerza, y Versílov a veces se entrega a ella, si bien a veces se resiste. Liberal, humanista, «humano universal», no puede hacer feliz a nadie en particular, ni puede aceptar la felicidad por parte de nadie. Se bifurca entre sus raíces y su sed de viajar. Los Versílov siempre se van. Makar también peregrina, pero los Makar siempre se quedan. El regreso de Versílov, sin embargo, es inminente, porque Dios no dejará de suministrar a los Makar o a las Sofías en su camino, no dejará de llamarlo. Y Versílov seguramente responderá, porque entiende y siente que es imposible vivir sin Dios. ¡Aquí está el gran Versílov, el único europeo en toda Europa, el portador del más alto pensamiento cultural ruso, el ministro de Rusia y de todo el mundo civilizado!

Tratar de curar a Versílov, cree Dostoievski, no es tan difícil: en primer lugar, la imagen de la Belleza de Cristo lo atrae con una fuerza inconmensurable a través de Sofía Andriyéevna y de Makar; en segundo lugar, en él se puede aplicar el consejo que Shátov da

en la novela *Los demonios* de re-conocer a Dios a través del trabajo campesino y, en tercer lugar, ya bajo la instrucción de Zosima, tener éxito en los asuntos de la fe por medio de la experiencia del amor activo. En tanto, mientras Versílov aún vagaba, mientras aún no podía mantenerse por sí mismo, se enfrentaría paso a paso a una bifurcación, la misma bifurcación que experimentó cuando rompió de un solo golpe el icono que le heredó el difunto Makar. «No tomes por alegoría esto, Sonia», pide Versílov. «no rompí la herencia de Makar; sólo así, rompí eso... De todos modos, ¡volveré a ti, al último ángel! Y, sin embargo, tómallo aunque sea por alegoría; después de todo, ¡ciertamente fue así!...» (13, 409).

Versílov volverá, porque no verá nada mejor que lo que le espera en Rusia y él mismo lo sabe. El intelectual ruso regresará porque en Occidente no encontrará la bondad que es inherente al pueblo ruso, a pesar de sus defectos, porque sólo en su hogar encontrará la humanidad que se perdió en Europa y, finalmente, porque sólo en Rusia verá personas positivamente hermosas, portadores de la imagen viva de Cristo, capaces de conquistar el mundo mediante la hazaña del servicio. Los ateos siempre volverán, porque no irán a la horca, especialmente porque «ellos buscan a Dios» (13, 289), y no la rebelión. En esto basa toda su esperanza Dostoievski. Los Versílov rusos no podrán pasar por alto al pueblo, ni siquiera aquellos intelectuales más extremos que niegan cualquier capacidad por parte del pueblo para tener identidad propia y aseguran a Europa que Rusia «no es capaz de tener una idea, sino que sólo puede imitar» (27, 35). Finalmente, el pueblo portador de Dios les abrirá los ojos y luego ellos recibirán tanto al pueblo como a su santuario¹⁵. El hombre ruso no puede escapar de Dios.

Desde los tiempos de Pedro el Grande, la intelectualidad rusa ha vivido como encantada: se entregó a la corriente del pensamiento europeo y comenzó a mirar con desprecio los valores de su pueblo; la educación europea la hechizó y, bajo la influencia de la idea del amor universal –adquisición de Occidente– dejó de amar al pueblo ruso real y lo reemplazó con un pueblo «ruso» ideal, ficticio. Al ver el pecado y la ignominia de la gente simple, la intelectualidad llegó al punto de declarar al pueblo ruso ateo. Esto es totalmente

¹⁵ Dios mismo erigido en ese santuario.

natural, porque los intelectuales estaban desnudos y ciegos y, al alejarse de los ideales del pueblo, dejaron no sólo de entenderlo, sino también de reconocerlo. Hablaban del amor al pueblo, pero no lo veían; querían ayudarlo, civilizarlo, pero en realidad lo abandonaron a sus propias fuerzas; trataron de iluminar al pueblo, pero para esto exigieron que abandonara su fe y actuara sólo de acuerdo con la razón, según algunas reglas ajenas y en nombre de algunas convicciones morales. Sin embargo, se equivocaron. No tenían la sabiduría que la fe en Cristo, en su Dios, daba al pueblo. De esta fe el pueblo obtuvo toda su idea moral y toda su fuerza. Hacer que un pueblo renuncie a su fe significaría romperlo, destruirlo. Por ello, la manifestación suprema de amor por el pueblo ruso, desde el punto de vista de Dostoievski, consiste sólo en el amor por sus santuarios, como principios de fe. Amar a Dios y a su iglesia significa amar al pueblo ruso, unirse con él. Al no amar su santidad, la intelectualidad sigue siendo ajena a él; además, el pueblo mismo lo abandonará, diciendo: «ama primero mi santuario interior¹⁶, honra lo que yo honro, y entonces eres exactamente como yo, mi hermano» (27, 19). Oh, por supuesto, la gente no se apartará de los intelectuales, tal vez incluso los amará y se llevará bien con ellos, porque el pueblo ruso es amplio de corazón. «Pero llevarse bien –dice Dostoievski– e incluso llevarse bien con amor con un hombre es una cosa, pero reconocerlo como *suyo* es otra muy distinta. Y sin este reconocimiento no habrá comunión. [...] Y mientras tanto, ¡oh, qué fuerza terrible, creadora y bendita, una nueva fuerza, completamente nueva, aparecería en Rusia si tuviéramos la unión de las clases intelectuales con el pueblo! Es decir, la comunión espiritual» (27, 20).

Aquí quiero hacer una digresión, pensando en el comienzo de esta cita: que llevarse bien con una persona es una cosa, y reconocerlo como *suyo* es otra completamente diferente. Me parece que Dostoievski comete un gran error aquí. Ya sabemos que para él la unidad universal es posible sólo si se acepta al Cristo *del pueblo ruso*, es decir, el Cristo tal como lo ve el pueblo ruso (al estilo de Shátov), porque solo él es el único guardián de la imagen verdadera y viva de Cristo. Yo, por ejemplo, admito que Dostoievski, como ruso, pueda creer sinceramente que sólo el pueblo ruso, entre todos los pueblos del mundo podía expresar la verdadera imagen de Cristo, porque vive en el alma misma del pueblo. Sea. Pero, reconociendo que Dios y la Gran Idea de la inmortalidad y la felicidad eterna están

¹⁶ Se refiere a ese santuario interior de la fe, compartido por todo el pueblo ruso creyente.

dentro de cada persona, reconociendo que, en virtud de esto, no hay un solo ateo real, Dostoievski ya no puede afirmar que sólo el pueblo ruso es el «portador de Dios». Dios está dentro de cada hombre, lo que significa que cada hombre es portador de Dios, así como cada pueblo, independientemente de su fe. Si todo está en Dios y Dios está en todos, entonces no hay «extraños», sino sólo «propios». Desafortunadamente, la cosmovisión del escritor en este punto se vuelve demasiado nacionalista, y esto me obliga a pasar de los postulados generales sobre el cristianismo, en la comprensión de Dostoievski, a cuestiones de naturaleza más estrecha en esta parte de mi trabajo. El escritor, por supuesto, habla no sólo de la necesidad de la unidad de la intelectualidad rusa con el pueblo ruso para alcanzar a Dios, sino también de que, de hecho, todo el mundo debe aceptar al verdadero Dios del pueblo ruso. En nombre de la salvación y la felicidad universal. Esto es todavía admisible, suponiendo que Dostoievski tuviera razón y que el pueblo ruso conservase en sí mismo la imagen de Cristo mejor que nadie y, por lo tanto, es este pueblo el que más puede traer luz al mundo. Pero ningún pueblo puede reclamar el monopolio de Dios, el pueblo portador de Dios no puede dividirse en rusos y no rusos, en sus propios y extraños, como lo hizo Dostoievski. En el seno del cristianismo histórico, se ha desarrollado el concepto de lo propio y lo ajeno, dependiendo de la pertenencia a las iglesias ortodoxas, católicas o protestantes. Todo esto no sólo es triste, sino absurdo. Pero volvamos a la primera posición del escritor: el intelectual ruso, para convertirse en «suyo», primero debe creer en lo que cree el pueblo. Yo diría en cambio: el intelectual ruso debe creer en el santuario interno de su pueblo, no para convertirse en «suyo» (si el pueblo es cristiano, entonces esta pregunta desaparece), sino para ser más iluminado, porque en la fe del pueblo está la Verdad y el Amor de Dios. Así por lo menos no habría contradicción en las opiniones del escritor. Mientras tanto, si uno tiene que aceptar la fe del pueblo para convertirse en «suyo», entonces el pueblo ruso estará en una posición cerrada, donde sólo los hermanos ortodoxos serán «suyos», y los rusos no ortodoxos serán «extraños» (ya sean católicos, protestantes, ateos o cualquiera), así como otros pueblos tampoco ortodoxos. En este sentido, se puede repetir aquí la técnica de Dostoievski para comprender la verdad de nuestros juicios o acciones: ¿cómo habría hecho Cristo mismo en este caso? Y entonces uno debe considerar a todos como «suyos», porque si fue al Gólgota, fue porque amando a toda la humanidad y a cada uno por separado, quería salvar a todos sin excepción, porque todos los que creían en

Él o no creían, o incluso no sabían nada de Él, eran «suyos». Por lo tanto, una vez más, si el pueblo ruso es el «portador de Dios» y él mismo entiende y personifica esto en la vida, entonces no dividirá entre lo que es «suyo» y lo que, con todo su amor por ellos, es ajeno y pues ya que existe Dios, el Creador de todas las cosas, entonces todo es uno en Dios, todo es «suyo», independientemente de la persona misma.

En sus obras literarias, según pienso, Dostoievski se superó a sí mismo. Quiero decir que al crear la imagen de una persona positivamente hermosa, el escritor, por así decirlo, tenía más claramente ante sí la imagen de Cristo y, por lo tanto, trató de que sus héroes positivos correspondieran a la imagen de la perfección moral. Estos héroes ya aceptan a todos como «suyos». Es cierto que todos creen que la luz vendrá de Rusia, porque sólo en ella la imagen de Cristo se ha conservado en su forma pura, pero ya no hay «extraños» para estos personajes. Por supuesto, ninguno de ellos se sumerge en este tipo de razonamiento, pero yo, por ejemplo, no veo ningún prejuicio en su relación con los seres humanos, es decir, ellos aman y consideran a las personas como «suyas», no sobre una base nacional ni a partir de una cuestión de fe. Para Tijon, Stavroguin es suyo, así como para Zosima, Iván. Oh, por supuesto, Tijon y Zosima no son pueblo. No el pueblo, por lo menos en el sentido de Dostoievski, para quien el concepto de «pueblo» estaba vinculado, ante todo, a la tierra, es decir, a los «muzhiks»¹⁷ (véase 20, 17; 27, 21) y, en general, a la gente simple y trabajadora. En este sentido, es notable que para Dostoievski sea el pueblo el «portador de Dios», pero retrató la imagen de una persona positivamente hermosa no saliendo de ese pueblo humilde y trabajador, sino de un entorno intelectual. Pueblo es sólo Makar Ivánovich, el resto son intelectuales, pero han aceptado los santuarios internos del pueblo ruso. Así, una persona positivamente hermosa no es ajena a la educación, pero en la base de ella, en tanto que ideal de Dostoievski, se encuentran los santuarios cristianos internos (fundamentos de la fe) del pueblo.

El sueño máspreciado de Dostoievski sobre Rusia está relacionado, como ya hemos dicho, con llevar la luz de Cristo al mundo, pero de manera inseparable a esto, también soñó con la comunión espiritual de los distintos grupos sociales con el pueblo en el seno de

¹⁷ Campesinos rusos.

la ortodoxia. De lo contrario, tal unidad es impensable para el escritor, porque el pueblo ruso sin ortodoxia no es nada. En este sentido, tendrá razón el escritor al exigir a las capas intelectuales superiores de la sociedad que no sean hipócritas en su «amor» al pueblo, ya que, como repite más de una vez Dostoievski, sólo es posible amar sinceramente al pueblo si se aceptan sus sitios sagrados internos: «“No me ames, sino ama lo mío, lo que amo yo”, esto es lo que dirá siempre el pueblo si quiere ver la sinceridad de vuestro amor» (26, 204). Y ama al pueblo, según el escritor, esa parte de la intelectualidad rusa que no fue seducida por el espejismo del camino europeo del desarrollo y se mantuvo fiel a Rusia y su ortodoxia (eslavófilos). Estos hombres eran para Dostoievski los mejores hijos de la patria, porque creían en el pueblo, en sus fundamentos, en su ortodoxia, reconocieron y aceptaron «la independencia y la personalidad del espíritu ruso, la legitimidad de su existencia y su aspiración humanista y universal» (26, 136), es decir, exactamente lo que los occidentales negaban, pero que en última instancia debían reconocer para la unidad final de la tierra rusa.

Dostoievski creía que algún día los caminos de los occidentalistas y de los eslavófilos finalmente convergerían, y en esto, por supuesto, el pueblo desempeñaría un papel considerable, gracias a su poder de reconciliación y unidad. El pueblo y su verdad atraerán a la intelectualidad que se había apartado, especialmente porque, por su naturaleza, el pueblo ruso está preocupado por el futuro de Europa tanto como los occidentalistas. Dios vencerá y, con Él, el pueblo que lo honra. El pueblo abrirá los ojos a los aparentemente ateos y entonces se unirán en la causa de la salvación universal de la humanidad; los eslavófilos y los occidentalistas ya no se dividirán en dos campos opuestos. Entonces el mundo conocerá las fuerzas infinitas de Rusia, que finalmente podrá mostrar a la gente de todas las naciones una vida nueva y completamente saludable. Ésta será «la futura victoria pacífica del gran espíritu cristiano que perduró en Oriente» (25, 198).

Durante el período de la publicación del *Diario de un escritor*, Dostoievski adquirió una amplia experiencia en la comunicación con personas de diferentes intereses y tendencias. Recibía muchas cartas con reacciones muy variadas a su *Diario* y constantemente le pedían consejo. Sobre esta base, el escritor reforzó aún más su convicción de que cada vez más personas compartían su opinión de que «el ideal de la

belleza humana es el pueblo ruso» (27, 59). Hubo tantas respuestas que sintió que Rusia estaba en el camino de la recuperación y que el tan esperado sueño de la unidad universal alrededor del pueblo se haría realidad. Así, en una carta a A. F. Blagonrávov del 19 de diciembre de 1880, Dostoievski, lleno de optimismo, escribe: «renace y va una nueva intelectualidad que quiere estar con el pueblo. Y el primer signo de una comunión indisoluble con el pueblo es el respeto y el amor por lo que el pueblo más ama y respeta con toda su integridad por encima de todo lo que hay en el mundo, es decir, su Dios y su fe.

Esta nueva intelectualidad rusa parece estar empezando a levantar la cabeza. Justo ahora, parece, que ésta se necesita para la causa general, y ella comienza a darse cuenta de esto por sí misma» (30.1, 236).

Lo más importante: los intelectuales comienzan a darse cuenta de que son necesarios. En primer lugar, debe proteger al pueblo y educarlo calladamente, como aconseja Zosima antes de morir (véase 14, 285). Justamente educar, darle lo que le falta, pero al mismo tiempo no despreciarlo, porque más bien los intelectuales tienen más aprender de él, y no al revés. Educar, pero también inclinarse ante él, ante la verdad del pueblo. Por lo tanto, no será una relación unilateral, sino una complementariedad necesaria: «debemos inclinarnos –escribe Dostoievski– bajo una sola condición y esto es sine qua non: que el pueblo también acepte mucho de lo que hemos traído con nosotros» (22, 45). ¿Y qué trajo consigo la intelectualidad rusa? A pesar de todo lo que se diga, la ciencia. Ya he dicho que para Dostoievski no es mala la ciencia en sí, sino el carácter que el hombre le da. La ciencia es necesaria si no se utiliza fundamentalmente para necesidades puramente materiales y, en cambio, está subordinada a los fines de la religión (principalmente, el perfeccionamiento moral del hombre, la conciencia de la verdad del ser y la promoción de la realización del Plan de Dios para el hombre). Dostoievski muestra al intelectual que aceptó la verdad popular en la imagen de los monjes rusos Tijon, Zosima, Paisi y el joven Aliosha, pero el escritor no retrató la imagen de un nativo del pueblo que aceptó lo que los intelectuales trajeron consigo. Makar Dolgoruki, el tipo popular positivo en la comprensión del escritor, no es más que un modesto intento de demostrar que el pueblo no es reacio a aprender la inteligencia de los intelectuales, pero Makar, que escuchó con asombro los razonamientos de los intelectuales, se declara inadecuado para el nivel científico, a pesar

del hecho de que tiene una sed innata de conocimiento. A fin de cuentas, como sugiere Dostoievski, los Makares rusos aceptarán definitivamente la ciencia de los intelectuales, y ésta les explicará lo que en principio ya conocen por algún instinto espiritual, y les revelará la identidad del pueblo ruso, sus ideales y la misión que están llamados a realizar, les mostrará cómo se formó el pueblo ruso y qué lo distingue del resto, qué le da fuerza y qué, finalmente, lo conecta con el mundo. Este enfoque del escritor lleva al hecho de que el objetivo de la educación del pueblo se considera la autoconciencia que, a su vez, revelará al pueblo ruso que sólo puede perfeccionarse manteniendo los ideales morales que se obtuvieron después de la adopción del cristianismo y gracias a los cuales se formó la nación rusa. Esto es lo que escribe Dostoievski en el *Diario de un escritor* de 1880:

En el comienzo de todo pueblo, de toda nacionalidad, la idea moral ha precedido siempre al nacimiento de la nacionalidad, porque *ella la creó*. Esta idea moral partía siempre de las ideas místicas, de la convicción de que el hombre es eterno, de que no es simplemente un animal terrestre, sino que está conectado con otros mundos y con la eternidad. Estas convicciones se han formulado siempre y en todas partes en una religión, en una nueva idea, y siempre, tan pronto como una nueva religión ha comenzado, de inmediato se ha creado una nueva nacionalidad civil. [...] Y dependiendo del carácter con que se componía la religión de un pueblo, con tal carácter se originaron y formularon también las formas civiles de este pueblo. [...] por lo tanto, la superación personal en el ámbito religioso en la vida de las naciones es la base de todo, porque el perfeccionamiento *es la confesión de fe de la religión recibida* (26, 165-166).

Al perfeccionarse a sí mismos, el pueblo ruso y los intelectuales irán sólo por el camino de la religión. El pueblo ruso mostrará a los intelectuales su joya, y los intelectuales ayudarán al pueblo a desarrollarse más, para que se conozcan mejor a sí mismos y puedan cumplir su propósito: presentar al mundo esta misma joya y salvarlo. Sí, la ciencia es terriblemente necesaria para el pueblo, y habrá un momento en que la intelectualidad dejará de despreciarlo y se dará cuenta de que la verdad que ha estado buscando durante tanto tiempo estaba cerca, a su alrededor, en todas partes, y que el pueblo la llevaba en sí todo el tiempo. Entonces los intelectuales irán al pueblo y le darán la ciencia y se fusionarán con él¹⁸.

¹⁸ En el *Cuaderno de apuntes* de 1876-1877, Dostoievski tiene dos notas que expresan su confianza en que la unidad del pueblo y la intelectualidad necesariamente (en el seno de la ortodoxia) se hará realidad. La primera nota habla de lo que debe ser la educación en Rusia: «Educación: reconciliación completa, perfecta imparcialidad junto con la plena conciencia y su verdad moral (ortodoxia)» (24, 194). Otro tipo de educación es la mentira. Una persona verdaderamente educada es consciente de la verdad moral del pueblo, por lo que

Entonces ya no habrá división en pueblo y no pueblo, y la intelectualidad podrá realizarse a sí misma, porque, como cree Dostoievski, «sólo en el pueblo y únicamente en el pueblo encontraremos todo nuestro genio ruso y la conciencia de su destino» (25, 200).

La intelectualidad debe comprender que la gente, educada por ella, sigue siendo algo superior a ella, porque, después de todo, la verdad está en el pueblo, y en virtud de esto, la intelectualidad recibirá a cambio mucho más de lo que ella misma dará. «La gran obra del amor –exclama Dostoievski– y de la verdadera ilustración. ¡He aquí mi utopía!» (24, 195). Y esto más bien no lo tomará el pueblo de los intelectuales, sino los intelectuales del pueblo, porque, ¿en qué consiste la verdadera ilustración? No en la adquisición pura de conocimiento, sino en otra cosa. Que los intelectuales transmitan al pueblo las Ciencias y los oficios de Europa, pero que entiendan que «el pueblo ruso se iluminó hace mucho tiempo, habiendo aceptado en su esencia a Cristo y sus enseñanzas» (26, 150). En otras palabras, la «verdadera ilustración» (iluminación) para Dostoievski consiste en aceptar la esencia y las enseñanzas de Cristo. Este pueblo lo hizo hace mucho tiempo, cuando recibió a Cristo con toda su alma y comenzó a ser guiado por Él. Por lo tanto, la iluminación no es otra cosa que «la luz espiritual que ilumina el alma e ilustra el corazón, guía la mente y le indica el camino de la vida» (*ibid.*).

Al recibir las ciencias de Occidente, el pueblo no se depravará, como sucedió con los intelectuales debido a la falta de raíces fuertes que los mantuviera firmes en el suelo ruso. Así es. La ciencia no corrompe y, en todo caso, la corrupción, según el escritor, comenzó en Occidente, cuando la iglesia católica distorsionó la imagen de Cristo, incluso antes que las ciencias lo hicieran. Las ciencias no cambiarán la esencia del pueblo ruso, porque ya está iluminado y ha absorbido la luz de Cristo, y por lo tanto el cristianismo seguirá siendo para siempre «la base más importante y vital de su ilustración» (26, 151). Las Ciencias no cambiarán al pueblo, y la luz de Cristo, almacenada en el pueblo, iluminará

sólo la educación puede traer una reconciliación completa. La segunda nota confirma que tal reconciliación e incluso fusión basada en la educación se hará realidad: «Nunca he creído en la idea nefasta (práctica y depredadora) de que sólo la parte superior está educada: yo quiero creer y creo que tendremos este orden social, que también el *muzik* comprenderá el gran pensamiento (a través de la ortodoxia) que a su vez encierra tan espléndidamente y en armonía multitud de grandes pensamientos» (24, 193).

a la intelectualidad y ella volverá a adquirir sus raíces, amará nuevamente la tierra sagrada rusa y, en consecuencia, recuperará a su Dios.

Prácticamente, el trabajo de la ilustración comienza a ser realizado por Sonia Marmeládova en Raskólnikov, cuando le aconseja ir a la Plaza, inclinarse a los cuatro lados de la tierra, besarla y gritar *maté*», gracias a lo cual Dios le enviará nuevamente vida (véase 6, 322). Esta imagen de arrepentimiento significa que para Sonia (y para Dostoievski), todo atentado contra la carne humana es un atentado contra sí mismo y contra la Madre Tierra en la que el Espíritu de Dios está presente en todas partes. Por lo tanto, pedir perdón a la tierra que hemos contaminado con nuestro pecado no sólo significa admitir nuestra culpa ante ella, sino también pedir perdón a Dios, porque con este acto somos conscientes de que también tenemos la culpa ante Él. Toda la tierra es pura creación de Dios, por lo que sólo el amor por ella, y no la negación, puede ponernos en pie, ya que este amor iluminará nuestro espíritu con el Espíritu de Dios, del cual la Tierra está impregnada y nos salvará. Al aconsejar a Raskólnikov que se inclinara y besara la tierra, Sonia espera que la luz de Cristo ilumine su alma y le muestre el «camino de la vida», acerca del cual habían hablado hace poco.

El hombre ilustrado, según Dostoievski, no es necesariamente educado, aunque el ideal del escritor, expresado en imágenes de personas positivamente hermosas, combina la ilustración con la educación. Una persona ilustrada no alcanzará la verdad de la manera euclidiana, al estilo de Iván Karamázov, sino más bien a través de la intuición y la revelación, como hacen Zosima y Aliosha¹⁹. La revelación para Dostoievski es lo que él llama «contacto con otros mundos», es decir, la contemplación de Dios por medio del corazón, de la Palabra, de la Verdad, cuando lo contemplado se fusiona en nosotros y con nosotros, cuando el contemplador entra en lo contemplado, es parte de él. Recordemos, por ejemplo, la escena en la que Aliosha Karamázov, después del sueño sobre las bodas de Caná de Galilea, sale de la celda del anciano Zosima. Así es como Dostoievski describe esta escena: «Arriba de él, amplia, inmensamente se extendía la bóveda celeste, llena de

¹⁹ Dostoievski tiende a aceptar como verdad sobre el hombre y el universo lo que se ha logrado por medio de la revelación, a pesar de que personalmente no está completamente satisfecho sólo con las revelaciones: al estilo de Iván, quiere entender a Dios y a Su creación también con la razón euclidiana.

estrellas silenciosas y brillantes. Desde el cenit hasta el horizonte, la aún no del todo clara Vía Láctea se duplicó. Una noche fresca y tranquila hasta la inmovilidad envolvió la tierra. Las torres blancas y las cabezas doradas de la catedral brillaban en el cielo de rubí. Las lujosas flores de otoño en los macizos de flores, cerca de la casa, se durmieron hasta la mañana. El silencio de la tierra parecía fusionarse con el cielo, el misterio de la tierra estaba en contacto con el estelar» (14, 328). Y Aliosha también se puso en contacto y se fusionó con estos grandes misterios y no se convirtió en un extraño: amó el cielo y la tierra aún más fuerte, pero no como algo separado de sí mismo, y tal vez había algo en su amor, tal vez incomprensible, porque en él se expresaba el amor de la tierra y el cielo por él, es decir, a sí mismos, que es lo mismo. La unidad divina del cielo, la tierra y el alma del hombre. Entonces Aliosha, sin palabras, se puso en contacto con los misterios de la existencia, y en este contacto sintió a Dios y Su inmensidad y se descubrió a sí mismo, ya que «sintió» de inmediato que sus raíces y las de cada hombre están relacionadas con la tierra, pero sólo en la medida en que la tierra misma toca mundos diferentes, de donde, como afirma Zosima, provienen nuestros pensamientos y nuestros sentimientos.

Ser arrancado de nuestras raíces, de nuestra tierra, de nuestro suelo, es perder lo que nos ha unido a otros mundos donde Dios vive. Nuestras raíces están en Dios, pero después de haberlas perdido, hemos dejado de tocar otros mundos y hemos dejado no sólo de comprender, sino también de sentir la verdad, porque la verdad también es los principios morales que se derivan de ella, de Dios.

Para Dostoievski, Cristo es un modelo de contacto eterno con otros mundos, al que el hombre debe aspirar. Justo eso. Lo que Aliosha experimentó al tocar y fusionarse con Dios, con la verdad del pueblo por un tiempo, debe ser el estado natural de la humanidad al final de su desarrollo terrenal. Dostoievski creía que esto último se haría realidad necesariamente cuando los tiempos y los plazos determinados por Dios se cumplan.

La intelectualidad, después de haber aceptado la ilustración del pueblo, es decir, después de haber aceptado la verdad del pueblo, regresará a su tierra natal y, gracias a ello, se abrirá de nuevo la posibilidad de ponerse en contacto con otros mundos, porque al acercarse al pueblo, limpiará su corazón y su mente, condición necesaria para este tipo de contacto, que, dicho sea de paso, Dostoievski siempre está vinculando de una manera u otra

con la fusión espiritual con la tierra, no por casualidad considera que el "trabajo campesino» es la mejor manera de llegar a Dios.

Al trabajar en la tierra, la persona sentirá su conexión con ella y la amará. El amor por la tierra, a su vez, le revelará que toda ella está impregnada de los dones de Dios y que toda la creación está en contacto con el misterio del cielo. El amor por la tierra es experimentado por Kirílov, quien está encantado de orar porque la hoja es buena y la araña es buena. Ama a la tierra y a Shátov, que ve en el nacimiento de un niño la fusión de los misterios del cielo y de la tierra y siente en este momento en su alma cómo los mundos entran en contacto, de modo que por primera vez se da cuenta plenamente de que Dios existe y de que todos son buenos (véase 10, 452)²⁰. La fusión espiritual con la tierra también es experimentada por Myshkin, Jromonozhka, Makar Ivánovich, Márkel y Zosima. Este último, por ejemplo, muere con el mismo deleite del corazón con el que vivió, y se despide de la tierra amada por él, sabiendo que el feliz contacto de los mundos no termina con la muerte, sino que se expande, porque Dios llama hacia Sí mismo. Así describe Dostoievski la muerte del anciano: «de repente sintió como un fuerte dolor en el pecho, palideció y apretó sus manos contra su corazón. Entonces todos se levantaron de sus asientos y se apresuraron hacia él; pero él, aunque sufría, los vio todavía con una sonrisa, se bajó tranquilamente del sillón al suelo y se arrodilló, luego se postró de cara al suelo, extendió sus brazos y, como en alegría, besando la tierra y orando (como él mismo enseñó), dio su alma a Dios en silencio y con alegría» (14, 294).

Para Dostoievski, la tierra no es sólo el lugar donde vive el hombre, también es una madre amorosa que nos purifica, nos da fuerzas y fertiliza nuestras aspiraciones espirituales. Zosima, por ejemplo, afirma que si vas a besar la tierra y mojarla con tus lágrimas, seguramente dará fruto de estas lágrimas y, por otro lado, Dmitri Karamázov repite los poemas de Schiller, que reflejan la actitud de Dostoievski:

²⁰ La tragedia de Shátov es que anhelaba con toda su alma creer en Dios y cuando, finalmente, su corazón tocó otros mundos y creyó en Dios, a Shátov sólo le quedaban unas pocas horas de vida. Sin embargo, hay que decir que esto no es la derrota de Shátov; se venció a sí mismo y, desde el punto de vista de Dostoievski, no salió más que victorioso (encontró a Dios), pero por los errores anteriores, es decir, por haber pertenecido a una sociedad secreta terrorista revolucionaria, paga el precio.

Para que con el alma de la bajeza

Pueda levantarse el hombre,

Con la antigua madre tierra

Que entre en alianza para siempre (14, 99).

A pesar del hecho de que los versos pertenecen a un poeta alemán, se puede afirmar con confianza que para Dostoievski corresponden completamente a la sabiduría popular rusa; no es casualidad que todos los personajes positivamente hermosos hayan aceptado los valores espirituales del pueblo y entran en esta unión con la tierra y salen no sólo purificados, sino también iluminados. Y esto es tan natural, porque la tierra es la madre, y ¿qué no hará una madre por sus hijos, especialmente si, además, es la madre divina? Recuerden lo que dice Jromonozhka acerca de las palabras que una anciana le dijo y que aceptó con alegría como la más alta verdad del mundo: «la Virgen es la gran madre tierra y una gran alegría para el hombre se encierra en ello. Y todo anhelo de la tierra y toda lágrima de la tierra es alegría para nosotros; pero cuando des de beber tus lágrimas a la tierra a medio *arshin*²¹ en lo profundo, al instante te alegrarás de todo. Y ninguna, ninguna, dice ella, tristeza tuya habrá más; tal, dice, es la profecía» (10, 116).

La fresca madre tierra es la Virgen... Estas palabras contienen la idea principal, que domina la percepción de Dostoievski, lo que se demuestra por el hecho de que en él casi todos los seres humanos positivos y hermosos tratan a la madre tierra de la misma manera que lo hace Jromonozhka. La tierra es la Virgen porque es un símbolo del manto, de la defensa y de amor y está estrechamente relacionada con Cristo, con la Palabra encarnada, y el amor por ella se expresa como la alegría universal de la vida viva, como una forma de amor por Dios Creador. Amando la tierra, Zosima, Aliosha y Mitia expresan su amor por Dios. Lo mismo, aunque no conscientemente, le sucede a Iván Karamázov y por medio de él Dostoievski muestra que si una persona ama la tierra, entonces el amor y la fe en Dios vendrán por sí mismos. Esto es inevitable porque la fe en Dios y en su Creación es algo natural y, por lo tanto, está acompañada por la alegría del espíritu, que a su vez es un reflejo completo de la relación del hombre con la naturaleza, con la vida y con la Creación de Dios.

²¹ Antigua medida rusa equivalente a 71 centímetros, aproximadamente.

Esta actitud hacia la tierra por parte de los amados héroes de Dostoievski, desde Jromonozhka hasta Zosima, podría considerarse en parte pagana, si no se tiene en cuenta el hecho de que para ellos todo fenómeno de la naturaleza es, al mismo tiempo, una manifestación de los dones de Dios. Por supuesto, la adoración a la tierra tiene raíces paganas, pero en Dostoievski y sus héroes está purificada de idolatría y adquiere una especificidad cristiana. Esto no es una adoración a alguna deidad pagana, aunque a primera vista, especialmente si se mira a Jromonozhka, puede parecer así, especialmente porque al llamar a la tierra «madre de Dios» en principio se podría pensar que ella, sólo sin darse cuenta de esto, cambió el nombre de una diosa pagana de la tierra por el nombre de la virgen, pero la esencia de esa diosa sigue siendo la misma. Sin embargo, será del todo incorrecto si mantenemos tal opinión: en realidad, el símbolo pagano se ha convertido en cristiano, y esto no debe confundirnos, porque el cristianismo no se basa en la negación del pasado, si hay sabiduría en él. Del paganismo no se toma la deidad, sino el símbolo. En Dostoievski, la adoración de Jromonozhka a la tierra significa el reconocimiento simbólico de que nacemos y crecimos en ella; que ésta, como madre, nos nutre y nos da protección, que en ella y a través de ella Dios nos da Su Amor. Además, hay que decir: el hecho de que Jromonozhka tenga un cierto tono (pero sólo un tono), de adoración, en el resto de los héroes de Dostoievski se expresa únicamente como amor por la naturaleza y no hay nada reprochable en esto. Ellos aman la naturaleza no porque sea Dios, sino porque Dios está en ella. Besan la tierra y se fusionan espiritualmente con ella, pero esta fusión se produce en su impulso hacia Dios, porque la Madre Tierra es santa, porque está en contacto eterno y cósmico con Dios, porque en todo lo que hay en la tierra vive Dios Todopoderoso. La tierra, que besan Jromonozhka, Aliosha y Zosima se percibe como un templo. Este es el templo tierra que se fusiona con la Palabra, el Templo en el que suena la sinfonía universal del Amor que revela sus secretos a todos aquellos que finalmente comprendieron que «todo está bien» en el mundo, porque en el mundo ni por un instante se apaga este contacto eterno de la tierra con otros mundos.

Dostoievski, aparentemente, creía que tal fusión espiritual con la tierra era inherente al pueblo ruso en los hechos, ya que el pueblo portador de Dios *sabe* intuitivamente que la madre tierra en la que vive es también la portadora de la imagen viva de Cristo, que ella está en la Palabra y hacia la Palabra van sus aspiraciones. Esta es la esencia de la disputa de

Dostoievski con los occidentalistas: la madre tierra es santa y los intelectuales deben volver a amarla, siguiendo el ejemplo del pueblo. Besar la tierra, derramar sus lágrimas sobre ella es aceptarla en el corazón y reconocer que ella se encuentra en perfecta armonía con Dios. La intelectualidad debe volver a amar su tierra y, con ello, devolver a su mundo al pueblo, portador de la verdad, que ella negó. Cuando los intelectuales se reconecten con el pueblo, verán en la naturaleza la sabiduría de Dios y comprenderán que «todo es perfecto». Por cierto, en este sentido, vale la pena volver a las palabras de Zosima de que todo es perfecto, excepto el hombre. ¿Puede suponerse que, para Dostoievski el hombre -el ser más desarrollado de la naturaleza por medio de su conciencia-, es al mismo tiempo el más imperfecto, de nuevo (!), «gracias» a esta misma conciencia? Esto, a su vez, conduciría a reconocer a las personas conscientes como las más imperfectas, de modo que ¡abajo la conciencia! ¡Viva la ignorancia! Pero en Dostoievski no es así: sólo admite que la capacidad del hombre para razonar a menudo lo ha desconcertado y ha llevado al hecho de que sólo él, en toda la naturaleza, ha dejado de ser consciente de la totalidad de la Creación de Dios, sólo él se ha separado y, por lo tanto, todo estará de nuevo bien (como lo estaba antes del pecado original) cuando finalmente se dé cuenta de esta total unión en la que también participa. Basta con que *tome conciencia* de esto (como hacen el hombre ridículo, Márkel, Zosima...), porque en realidad todo está bien.

De lo anterior no se debe deducir que, según Dostoievski, los intelectuales tuvieran que desempeñar un papel exclusivamente negativo. ¡Nada de eso! Para no perderse, los intelectuales deben seguir a su pueblo, que guarda el rostro de Dios de la manera más natural. La verdad en el pueblo debe ser entendida y sentida por los intelectuales y, si se han separado de la verdad del pueblo, que regresen a ella, pero con la plena certeza de que el tiempo no ha pasado en vano, que no regresa al pueblo como maestra, porque tendrá que aprender más del pueblo que él de ella, pero al menos le ayudará a desarrollarse aún más para que su conciencia sea más completa. Ella recibirá la verdad del pueblo, pero no volverá con las manos vacías. Cuando esto suceda, entonces Rusia podrá realizar plenamente el propósito para el que Dios la ha destinado.